

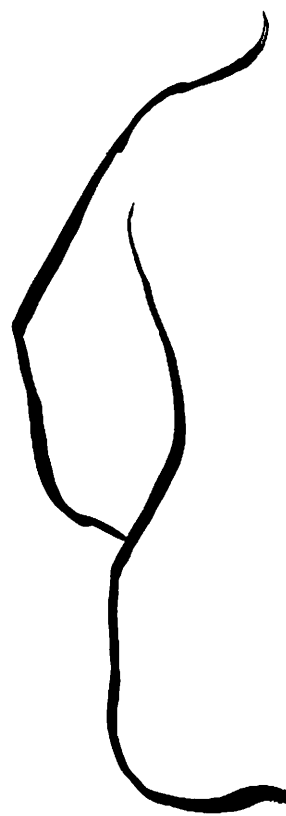
A PROPÓSITO DEL CENTENARIO DE ASTURIAS

I

El centenario del nacimiento de Jorge Luis Borges y Miguel Ángel Asturias, tiene, para las letras de América Latina, especial relevancia. El aniversario ofrece la oportunidad de hurgar los diversos ámbitos en que el trabajo de composición artística de estos escritores se mantiene vigente. El caso de Borges, con más claridad que el de Asturias, ha puesto fuera de toda duda la resonancia ininterrumpida de su poética narrativa, asumida hasta el momento como una de las más sólidas tendencias de la escritura en América Latina.

El caso de Asturias tiene otras variantes. Citado casi de soslayo en algunos ejercicios críticos historiográficos, en los últimos años su escritura ha sido objeto de trabajos interpretativos, varios de ellos aglutinados en la edición crítica de la Colección Archivos. El relativo *impasse* crítico de la década de los años setenta tiene algunas consideraciones y, entre ellas, la más interesante tiene que ver con las motivaciones que hicieron a Asturias acreedor del Nobel en 1967, precisamente cuando se mencionaban los nombres de Borges y Neruda como candidatos latinoamericanos. Neruda lo obtuvo cuatro años después; Borges, nunca.

Este hecho encendió las especulaciones de si Asturias era el escritor más representativo de América Latina por aquellos años. Y, por si fuera poco, se manifestó abiertamente hacia Asturias el recelo no sólo de Borges, sino de los escritores del *boom*, de cuya obra el novelista guatemalteco puso en duda su relevancia al interpretar el impacto de los jóvenes como mero producto de la



publicidad. Al recelo de Borges se sumaban abiertamente José Donoso, Guimaraes Rosa y, por supuesto, Gabriel García Márquez.

Además, tras la incorporación de Asturias al gabinete del presidente Julio César Méndez Montenegro, en 1966, como embajador de Guatemala en Francia, la reacción de la izquierda guatemalteca no se hizo esperar. Simplemente su amigo Luis Cardoza y Aragón, quien había dedicado en 1960 el segundo número de la *Revista de Guatemala* a la trayectoria literaria de Asturias, en *El río: novelas de caballería*, de 1986, apenas lo cita, con la inocultable intención de magnificar la versión de que en realidad Asturias no había colaborado con el abate José María González de Mendoza en la traducción del *Popol Vuh*, que supuestamente ambos habían hecho en la década de los años veinte. Fue hasta 1991 cuando, en un poco afortunado esfuerzo por reivindicarse (aquí coincido con Mario Payeras, 1992), Cardoza y Aragón escribió esa desconcertante biografía de Asturias, en la que pone de relieve a *Hombres de maíz* y descarta el resto de la producción asturiana.

Por el lado de la crítica, la suerte para Asturias no fue más benevolente. La hipótesis establecida por Emir Rodríguez Monegal (resumida en la expresión "Los dos Asturias") sobre el premio Nobel de 1967, fue también el modelo al que se ciñeron otros críticos al sugerir que, en todo caso, hubiera sido mejor reconocer la gloria de Asturias décadas antes, en ocasión de las peculiaridades de *El señor Presidente* (1946) y *Hombres de maíz* (1949). Según esta crítica, el propio Asturias no pudo superar el valor de su producción de los años cuarenta.

Interesante todo ello, repito, porque el tiempo pareció darle la razón a Borges, que en una de sus célebres frases señalaba, no sin amargura ni ironía, lo relativo de los reconocimientos.

Sin embargo, sin soslayar estos hechos que, en efecto, ponen en entredicho los criterios que deciden los reconocimientos de cualquier tipo, habría que pensar que la vigencia de una obra artística, asumida como producto simbólico, es el resultado de un proceso de recepción. En estas condiciones, el trabajo de Borges está lejos del fantasma del olvido. Se ha mantenido ininterrumpidamente vigente.

Las cuestiones pendientes están con Asturias. Falta ver hasta dónde su concepción poética (muy diferente de la de Borges) ha podido soportar el tiempo y, si es el caso, ha sido o puede ser interpretada como una obra que nos permita definir y redefinir nuestra concepción del mundo y del quehacer artístico.

De más está especular sobre los niveles de aceptación de ambos escritores. Más indispensable es apreciar el aporte de cada autor en lo que puede concebirse como el trabajo escriturario en América Latina. La literatura del continente no puede concebirse sin tener presentes varias de las figuras representativas.

No es el caso comparar la calidad de dos poéticas como las de Asturias y



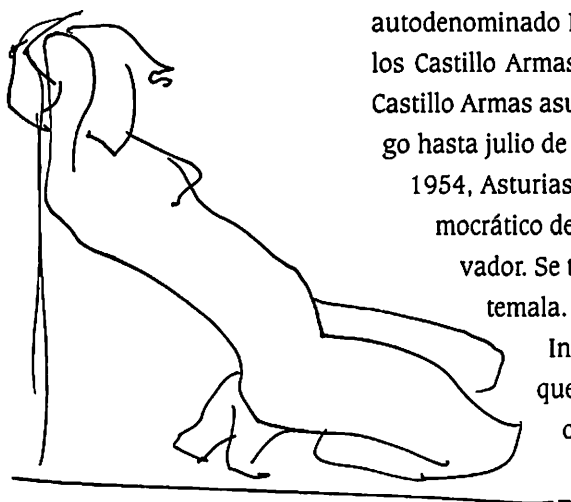
Borges. Ni hay por qué conformarse sólo con la orientación *contenidista* de varias interpretaciones actuales en literatura. Suprimir el contenido, así como privilegiarlo, es un riesgo de interpretación que impide apreciar ampliamente por qué una obra artística permanece vigente. Ante todo, una obra debe asumirse como un trabajo de composición en el cual forma y contenido tienen la misma importancia.

Resulta curioso constatar cómo, con frecuencia, el nombre de Miguel Ángel Asturias, como escritor, es asociado a lecturas de tipo *contenidista*. Sus relatos son sometidos a interpretaciones en las que el contenido tiene un sitio privilegiado. Soslayar el contenido en cualquier interpretación de su narrativa parece tan limitado como anteponerlo a su configuración y expresión. En esto contribuyó mucho el novelista; en sus declaraciones, la orientación por el contenido fue tan determinante como lo sugería a primera vista la naturaleza de sus relatos.

Si a esto se agregan las circunstancias que enmarcaron la producción asturiana desde los años veinte hasta su desempeño como embajador de Guatemala en Francia, a finales de la década de los sesenta, las necesidades de asumir el contenido como una de las preocupaciones nucleares de su ejercicio poético son más evidentes.

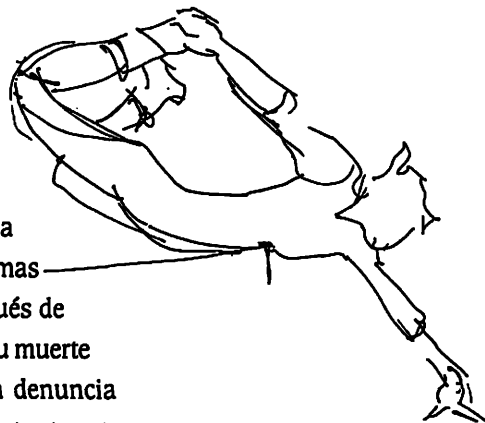
No obstante, existe un problema de consideración desde el punto de vista del contenido: postergar que el ejercicio literario se inserta en un proceso de simbolización. Conformarse con asumir la narrativa de Asturias como una obra de denuncia supone renunciar a lo que la supuesta denuncia implica. El de Asturias es un trabajo frecuentemente leído de manera problemática, como reflejo de una realidad, sin mucha atención a sus aportaciones poéticas. Para empezar, hay algunas objeciones a este presupuesto. No todos los relatos de Asturias son de *denuncia*, tal como lo ha querido entender la crítica. Si ese fuera el caso, habría que pensar que la denuncia tiene otras orientaciones, no siempre está sujeta a los acontecimientos de la realidad social. Consideremos un ejemplo: en 1956 se publica en Argentina *Week-end en Guatemala*. Asturias se encontraba entonces en el exilio. En Guatemala, con el triunfo del autodenominado Ejército de Liberación Nacional, al mando del coronel Carlos Castillo Armas, en 1954, y tras la caída del presidente Jacobo Árbenz, Castillo Armas asumió la presidencia de la República y permaneció en el cargo hasta julio de 1957, cuando fue asesinado en el Palacio Nacional. Desde 1954, Asturias había dejado su puesto de embajador que el gobierno democrático de Árbenz le había encomendado en el vecino país de El Salvador. Se trasladó a Argentina y sus libros fueron quemados en Guatemala.

Influido por estos acontecimientos, el autor creó ocho relatos que denuncian las circunstancias previas y posteriores a la caída del presidente Jacobo Árbenz Guzmán. Sin embargo, en el último cuento (novela corta, según Sergio Fernández),



en el clima de acontecimientos políticos que lo constituye, el presidente del país parece como consecuencia del estallido de una bomba instalada por comunistas durante una reunión con altos mandos del gobierno en Guatemala (en el relato no hay referencias exactas de tiempo, espacio, ni personas de la vida real, pero las estrechas coincidencias autorizan a asumir que los hechos ocurren durante el gobierno de Castillo Armas en Guatemala). En realidad, Castillo Armas murió en 1957 (después de haberse publicado *Week-end en Guatemala*) y las circunstancias de su muerte fueron diferentes de como se sugieren en "Torotumbo". Aquí, la denuncia deja de ser tal toda vez que hay una negación de la historia. Importante este detalle porque obliga a buscar otros caminos para interpretar esta intencional desviación de los acontecimientos que Asturias conocía muy bien.

Con esta particularidad, Asturias demuestra que no le preocupa sujetarse a los acontecimientos, sino proponer alternativas para la construcción de la nacionalidad que la revolución guatemalteca entre 1944 y 1954 parecía ofrecerle. La principal dificultad era el gobierno espurio instalado con el apoyo de los Estados Unidos; así que el retorno a la democracia, en la consideración del autor, estaba cifrado en la esperanza de derribar el gobierno de *facto*.



II

Diversos acontecimientos de la realidad social, como marco y como referente de varios relatos de Miguel Ángel Asturias, definieron con el tiempo la consideración de su obra como "literatura de compromiso".

La denuncia de hechos trascendentes en la historia de Guatemala, puestos sus ojos concretamente en los regímenes autoritarios de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920), Jorge Ubico Castañeda (1931-1944) y Carlos Alberto Castillo Armas (1954-1957) tiene que vincularse con otros detalles, como la exaltación de la geografía, muy particularmente en *Maladrón*, y con las desviaciones de la historia. En esas condiciones se ve cómo esta perenne preocupación llamada Guatemala está configurada no sólo con una relación de lugares, personajes y sucesos históricos, sino con una reinterpretación y búsqueda ideal del ser guatemalteco situado en la dialéctica de la alteridad (surgida con la conquista de América), relacionada con los mitos del imaginario clásico europeo. Su narrativa toca el ámbito de la construcción utópica de un país agobiado por una serie de circunstancias históricas, económicas y políticas pero con posibilidades de reordenar sus estructuras con fines de mejoramiento individual y colectivo. La década de la revolución guatemalteca le dio la más clara oportunidad de verlo así. Desde su perspectiva, no bastaba con reconocer y ensalzar la cosmovisión indígena, según empezaba a asimilarlo desde su estancia en París. El reconocimiento del indígena suponía ahora proporcionarle los medios para integrarse al modelo de producción capitalista sin necesidad de renunciar a sus creencias ancestrales.

La tenencia de la tierra, como lo comprendió el programa revolucionario del presidente Árbenz, fue uno de los ámbitos en que con más nitidez se identifica el proyecto asturiano con la revolución guatemalteca. Contra los intereses de la transnacional estadounidense, la United Fruit Company, el decreto 900 de 1952 establecía la distribución de terrenos incultos a los pequeños propietarios. Como nota, habría que destacar que esto fue lo que motivó el desarrollo de acontecimientos por los que la revolución guatemalteca quedó interrumpida debido a la intervención del ejército "liberacionista", al mando del coronel Castillo Armas, subvencionado por los Estados Unidos.

Ahora bien: más allá de lo que se ha destacado en varios estudios acerca de esta inclinación de Asturias, hace falta comprender y explicar el trabajo de reinterpretación y reconfiguración que, en términos de literatura, el autor hace tomando como referencia los acontecimientos de su realidad social. Una alternativa es precisamente la construcción (deseada) de un mundo en que el triunfo de los sectores populares se impone a los intereses puramente comerciales de las grandes empresas y de la oligarquía nacional. Otra posibilidad está en la búsqueda del ideal americano, en particular el guatemalteco. La reconstrucción mítico-histórica (*Leyendas de Guatemala, El espejo de Lida Sal, Maladrón*) del mundo precolombino le hacía entender el contacto con Europa como un acontecimiento desestabilizador de la primera armonía del hombre con la naturaleza.

La realidad social le había proporcionado experiencias nada gratas al escritor en lo que se refiere al ejercicio del poder. Su infancia y adolescencia transcurrieron en el ambiente de la dictadura cabrerista. Una desavenencia de su padre, abogado de profesión, con el presidente Estrada Cabrera, le hizo abandonar la ciudad de Guatemala por algunos años. Salió con su familia y se estableció en Salamá, cabecera del departamento de Baja Verapaz. A su regreso a la capital, en 1908, el padre encontró un ambiente todavía hostil, como para dedicarse a su antigua profesión, así que, apoyado por su esposa, la señora María Rosales, instaló una tienda de comestibles.

Estos hechos, aunados a los acontecimientos de 1920, cuando el dictador Manuel Estrada Cabrera fue depuesto por un movimiento en el que los estudiantes tuvieron una ferviente participación, determinaron en parte la toma de conciencia de las necesidades del país en la mente de un joven como Asturias, quien tuvo una decidida militancia en la Asociación de Estudiantes Universitarios (brazo derecho del movimiento unionista que depuso al dictador Estrada Cabrera). *El señor Presidente* (1946) y *Viernes de Dolores* (1972) tienen como escenario el ambiente que caracterizaba a Guatemala durante las dos primeras décadas del siglo y los años posteriores a la caída de Estrada, cuando renacían las celebraciones de la Huelga de Dolores, que el dictador había prohibido, y cuando se gestaba "La Chalana", que hasta la fecha se conoce en Guatemala como el himno de los estudiantes universitarios.

La recreación del ambiente guatemalteco, del contexto de la dictadura cabrerista en las páginas de *El señor Presidente* (que ha tenido mucho que ver



con la distinción de Asturias como escritor comprometido), quedaba respaldada por la producción de los años cincuenta, cuando Asturias se definía abiertamente como un escritor de denuncia.

Como aclaración, hay que señalar que la *denuncia* había comenzado a manifestarse desde que escribió su tesis en la Facultad de Derecho, en 1923. Sólo que con la publicación, en 1949, de *Hombres de maíz*, la crítica encontró contradicción entre los planteamientos de la tesis y los de la novela. A la crítica, el entusiasmo de este "hallazgo" le hizo inadvertir que valoraba dos producciones de distinta naturaleza. *El problema social del indio* fue escrito como tesis para obtener el título de abogado; *Hombres de maíz* es una novela, y como novela debía estimarse sobre todo valorando el trabajo de composición. No obstante, este detalle fue ignorado en aquellos estudios basados primordialmente en presupuestos antropológicos, como fue ignorado el contexto de ambas producciones. *El problema social del indio* refleja la resonancia que el positivismo aún tenía como doctrina universal. En cambio, *Hombres de maíz* se publica precisamente durante los años de la revolución guatemalteca, en los momentos en que el indigenismo se institucionalizaba como movimiento en América Latina y muy concretamente en Guatemala.

Así que, más que expresar las contradicciones particulares de su autor, *El problema social del indio* y *Hombres de maíz* dan cuenta de la movilidad que continuamente tenía la explicación del hombre en su entorno.

Insertas en el campo de producción cultural y, más aún, en el marco de toda la obra asturiana, puede advertirse cuán contradictorios o no resultan entre sí los postulados de ambos trabajos. A mi entender, la contradicción está en sus estrategias, pero no en sus fines. Los dos textos, como el conjunto de la producción asturiana, se orientan a la definición de la nacionalidad guatemalteca. En toda la obra de Asturias hay una perenne preocupación por definir (se) lo guatemalteco. La sacralización del indígena en *Hombres de maíz* tiene que ver con la interpretación de un escritor ladino que, después de haber escuchado las clases de su profesor mayista Georges Raynaud en la Sorbona de París, y haberse mantenido en estrecho contacto con documentos de la tradición oral precolombina, asumía lo indígena como esencia de lo nacional en Guatemala.

En este debate, sin perder de vista ninguno de los pormenores, cabe tener presentes las particularidades de *Hombres de maíz* en relación con el conjunto de la producción indigenista. Importante este detalle porque elucida en Asturias un proyecto literario vinculado a uno ideológico. Entre sus mayores logros está el haber asumido lo indígena como un proyecto poético, no sólo ideológico, y en esto reside la vigencia de *Hombres de maíz*.

En su momento, el propio Asturias no fue capaz de "leerse", cuando dudaba del impacto que podría causar *Hombres de maíz*, e inclinaba su circunstancial preferencia por *Viento fuerte* (1950). La tentación por la literatura de denuncia lo seducía, pero no lo cautivó por completo, pues años más tarde reconocía en *Hombres de maíz* una de sus mejores obras. Desde los primeros



momentos advirtió las dificultades que representaba la lectura de esta novela y, sin embargo, pasada la euforia de la literatura comprometida (tentación que, no obstante, nunca lo abandonó), publicó, en 1963, *Mulata de tal*, otra de sus novelas controvertidas que ha sido objeto de los mejores elogios.

Pasado el momento en que *El señor Presidente* fue apreciada como una novela de "referencia obligada" en los estudios sobre la narrativa de la dictadura en América Latina, queda pendiente apreciar lo que de ejercicio poético hay en este relato vinculado estrechamente con un referente social específico. Lo mismo habrá de ocurrir con *Hombres de maíz*, *Leyendas de Guatemala* y con otras obras más alejadas de un referente concreto, como *El alhajadito* y *Mulata de tal* porque en todas ellas podrá distinguirse la particularidad asturiana, emanada en gran medida de un manejo de la palabra que promueve otra forma de percibir el mundo y de un manejo del discurso que trasciende la tradición literaria de su momento.

III

Queda pendiente poner en la mesa de las discusiones la concepción poética del escritor considerando, con la misma relevancia, el plano de la forma o de la expresión, acaso porque la vigencia actual y la que está por venir, se fundamentará sobre todo en este aporte que es lo que más singulariza a Asturias en la historiografía literaria de América Latina.

Por lo pronto, tomando como referencia el contenido, habría que precisar las directrices que tiene en el conjunto de su producción. No se trata de una obra puramente indigenista, ni sólo de denuncia política, como a veces se ha querido entender.

Ante todo, partimos del supuesto de que si hay una categoría que mejor expresa, no sólo desde el contenido, la concepción poética de Asturias, se resume en el término nacionalidad.

La búsqueda de la nacionalidad guatemalteca fue una preocupación que se había manifestado desde sus bisoños años y es precisamente el fallido intento en su tesis de 1923 donde encontraremos el embrión de preocupaciones que le acompañarían durante toda su vida.

Algunas de las precisiones que cabe emprender son las siguientes:

1. La necesidad de asumir la obra asturiana como un trabajo de composición artística, no simplemente como un documento de denuncia política.



Las referencias estrechamente vinculadas casi siempre a los acontecimientos de la realidad social hicieron posible la etiqueta de "escritor comprometido", de "denuncia". Se ha dicho que Asturias no podía no documentar lo que su experiencia vital le suministraba. Sin embargo, argumentos como éste pasan por alto las desviaciones de la historia que el novelista promueve en su narrativa. Tan sólo esto obligaría a considerar su obra no precisamente por sus vínculos con la realidad social. Pero, además, porque varios de los acontecimientos sugieren pensarlos no sólo como referentes directos, sino como significantes de una concepción más amplia de la realidad social, a la manera de una segunda significación.

2. Una revisión sobre el trabajo de composición comprendería ámbitos distintos: por un lado, la consideración del discurso en el que la palabra tiene tanta relevancia como no la había tenido la literatura indigenista. Su retórica de "sangre, sudor y huesos" (según el exaltado decir de José Donoso), toma como esencia la palabra que da como resultado una "tormenta de metáforas" en sus obras más significativas. De allí surge el criterio que identifica el discurso asturiano como la expresión de la poética canto-cuento, toda vez que no se limita a describir los acontecimientos, sino a magnificarlos, contándolos y cantándolos a la vez. Adicionalmente, habría que considerar otras estrategias como el humor, la recreación del habla coloquial guatemalteca, la configuración del personaje, el espacio y el manejo del discurso comprendidos como totalidad irreductible a la simple suma de ellos.

Estos son rasgos generales. Falta especificar sobre la marcha las peculiaridades del referente, no sólo desde el punto de vista del contenido.

Una última nota: la Colección Archivos contempla, entre otras tareas, la edición de gran parte de la obra de Asturias, incluidos algunos relatos todavía inéditos que se integrarán al volumen dedicado a "Cuentos y leyendas". Esta amplia divulgación repercutirá en un mayor acercamiento a la producción asturiana. Pero por encima de todo, es la obra la que habrá de sobreponerse al tiempo. De antemano, intuimos que textos como *Mulata de tal* y *Maladrón* ampliarán el impacto causado por *Leyendas de Guatemala*, *El señor Presidente* y *Hombres de maíz*. Más allá de nuestras intuiciones, le corresponde a la obra mostrar cuán vigente resulta para nuestra comprensión del fenómeno literario en América Latina. LC

